

Encarnación Pisonero, *Los niños, amargo caramelo*, Oviedo, Ars Poetica, 2018, 83 pp.

En el perfil intelectual de Encarnación Pisonero destaca haber cursado la especialidad universitaria de Filosofía y Letras, y asimismo la decantación hacia las artes plásticas, sobre las que ha hecho diversas contribuciones críticas y ensayísticas. A esta escritora vallisoletana puede considerársela una poeta de los ochenta si nos atenemos a la fecha de edición de sus tres entregas líricas primeras, la de 1984 *Jardín de las hespérides*, la de 1986 *Si se cubre de musgo la memoria*, y la de 1987 *Adamas*. En la década siguiente dio a la estampa, en 1996, *A los pies del sicomoro* y en el cruce secular *El prisma de la mirada*.

En otro momento subrayé cuán transidos de instancias mistericas están ambos libros, poniendo de relieve en el primero de ellos que la voz lírica se iba tornando más cabalística y simbólica en la expresión de una de las claves de la poética de Pisonero, la de un eros complejo. Ahora enfatizo también que en el segundo conjunto la representación visual resulta sustituida por la verbal, no sin añadir que los versos de dicha obra editada en el 2000 dieron pábulo a una monografía de gran utilidad teórica y metodológica, confeccionada por Luis G. Martínez, a la que su autor puso el título de *La Ékfrasis en la poesía contemporánea española: de Ángel González a Encarnación Pisonero* (2011).

En el presente siglo ha publicado Encarnación Pisonero varios libros más de poesía. Los enumeraré por orden cronológico de aparición: *Líquido de revelar* (2002), *La estrella del anís* (2004), *Abril es el mes más cruel* (2012) y *Permiso para embalsamar* (2016). A ellos ha de sumarse el más reciente, *Los niños, amargo caramelo*, que data de 2018, y cuyo período de elaboración llevó casi cinco años, pues se dio comienzo a esta obra en mayo de 2012, culminándose a fines de 2017.

En el título *Los niños, amargo caramelo*, se conjuga al menos una noción que inicialmente podría confundir a quienes se apresten a leer el libro, pues la palabra “niño” se toma en sentido figurado. Según una plausible lectura de la misma, esa voz pudiera apuntar a los poetas, mejor dicho a los poetas “auténticos”, vistos como personas que, por antonomasia, representarían el corazón limpio, tan predicable de la niñez. Esta clase de poetas nunca habría renunciado a aquella dimensión del niño que la asocia a la limpieza anímica. Ahora bien: no todos los niños se dejan asociar a este parámetro. Porque los hay que recuerdan a aquellos que, en *Platero y yo*, desdecían de los trazos inocentes e ideales de los niños, por haber adquirido y secundado los de no pocos adultos malhadados.

Agregaré al respecto que el empleo de la palabra niños vale indistintamente para niñas, y por tanto el referente de ambos vocablos son los poetas y las poetas, a quienes cabe llamar, según el enfoque que se adopte, poetisas. Acaso las poetas estén aludidas en el poema “La multitud enajenada deambula perdida”. En él aparece una niña que, ante los desastres y las lamentaciones, “...arroja por la ventana una lluvia de pétalos.” (p. 67) .

¿Qué perfiles tendría ese niño albergado en los y las poetas? La lectura de diferentes composiciones de la obra permite una aproximación a varios de los caracteres más relevantes de los mismos. Anoto muestras significativas: se distinguen estos niños, estos poetas, por su utopismo, por su oposición a las injusticias, por su tendencia a transgredir hábitos preestablecidos, además de ser sembradores de territorios no hollados. Tienen su *wild side*, su lado salvaje, pero circunscrito al ámbito espiritual. Y añadiré aún que poseen afanes de conquista, si bien los medios de que se valen para alcanzarla no son otros que la palabra. Sobresalen igualmente por su constante entrega generosa, a menudo sin tasa, y aunque esa tasa fuese muchas veces llegar al extremo de la ofrenda de la propia vida. Muy resumida y sintéticamente, esos serían los atributos que les singularizarían.

Con los presupuestos antedichos, no ha de extrañar que sean los niños, es decir esa clase de poetas ya perfilada, víctimas propiciatorias de individuos que los victimizan, ni más ni menos que como a cualesquiera otras víctimas, la mayoría seres muy vulnerables e indefensos. Suelen los victimarios detentar un poder que acostumbra a cegarles, y hasta tal punto que, cegados como están, e insensibles a sus discursos infames, no se percatan de la proximidad de su propia destrucción.

La obra objeto de esta reseña está constituida por sesenta y ocho composiciones que se vertebran en una secuencia única continuada, sin partes organizadas, aun cuando semánticamente sería factible establecerlas, lo que no procede aquí, dado que excederíamos el propósito de estas notas de lectura. No se atiene a convencionalismos reglamentados la palabra lírica que se plasma en este libro, cuyos textos se formularon de un modo alejado de artificios. La sensación de naturalidad que nos transmiten los registros expresivos resulta muy alta y convincente, así como la nitidez lograda por el lenguaje poético que vitaliza la espiritualidad de la que está transido el conjunto *Los niños, extraño caramelo*.

En esta obra Encarnación Pisonero ha intentado manifestar líricamente la deriva de un mundo que va a la deriva, y lo ha hecho a través de voces plurales que responden a una visión en ocasiones elegíaca, en otras profética, y en general de denuncia. Con *Los niños, amargo caramelo*, la autora castellana prosigue enriqueciendo su acervo poético, consolidando su valiosa contribución a la mejor poesía española e hispánica contemporáneas escrita por mujeres.

José María Balcells